

de ante del conocimiento, y no han cobrado aún los de después de él. Y para los que no han salido del período estético, los que fluctuamos entre uno y otro, los hijos de pueblos tormentosos, aparecemos como misántropos. Por misántropo me tienen ahí muchos.

Y bien, ¿qué relación tiene todo esto con la educación jesuítica? Pérez de Ayala en una advertencia final a este libro nos hace saber que está estrechamente relacionado con aquel otro de «A. M. D. G.» y el protagonista es él mismo. Es Alberto, perseguido por la idea de la muerte, de la inutilidad final de todo esfuerzo y del propio ridículo.

En una conversación con Fina, su novia—este delicadísimo retrato de mujer provinciana, todo poesía y emoción honda—le habla del dragón, del ridículo, y del peor ridículo que es el ridículo para con uno mismo.

«El ridículo es,—dice Alberto a su novia,—la desproporción entre el propósito y el acto». Y añade: «Pero como los propósitos son la porción secreta de cada cual y los demás sólo los conjeturan o presumen, para los espíritus delicados el verdadero y temible ridículo es para consigo mismo. Consecuencia...» Y Fina le responde: «Que se tumba uno a la bartola y no hace nada, porque como las cosas nunca resultan a la medida del deseo, resulta que siempre se pone uno en ridículo para consigo mismo». Y siguen hablando los novios y al decirle ella que le asombra le costase tanto tiempo y tanto trabajo matar a aquel bichito—el dragón—replica él: «Cuando se ha estado seis años entre jesuitas, esa es la hazaña más grande de la vida». Y entonces Fina: «Los quieres tanto, que los enviarías a todos de una vez al cielo por la línea directa del martirio». Y Alberto contesta: «No los quiero mal ni bien, Fina, aun cuando me han hecho mucho daño. Seis años, Fina, día por día, ligándome el alma y apretando fuerte con la soga del temor al ridículo, embotándola con la idea de la inutilidad del esfuerzo. Cuando se cree, después de estos seis años se hace uno fraile o se entrega uno a ellos como un cadáver. Pero cuando no se cree...»

Si un jesuita inteligente—los hay muchísimos menos que se cree—lee este libro de su antiguo educando al llegar a este pasaje y a los puntos suspensivos con que concluye, se sonreirá mefistofélicamente y llenará los dichos suspensivos diciendo: Cuando no se cree no se puede ya vivir en paz consigo mismo sino torturado por el sentimiento del propio ridículo. Y este es—seguirá diciéndose—el triunfo de

nuestro sistema, que incapacita para la vida y para la dicha a los que dejan de creer. A lo que Alberto podría contestarle que el sistema sería más perfecto aun si consiguiese que no perdieran la fe los que han pasado por él. Mas no cabe duda de que estando como están las cosas Alberto proclama ahí, tal vez sin saberlo ni quererlo, la eficacia de la educación jesuítica para el fin que ella se propone.

No he sido nunca ni educando ni discípulo de jesuitas ni de otra clase cualquiera de individuos pertenecientes a órdenes religiosas, no he pasado por sus colegios; mi educación toda, desde pequeñito, y aun habiendo nacido y habiéndome creado en el seno de una familia estrictamente católica y piadosísima, fué una educación laica;

aprendió a reirse de los demás y acaso el Tasso sentía el propio ridículo cósmico. El reirse de los demás es acaso la mejor medicina para no dar uno en reirse de sí mismo. Y si es una muerte trágica la de aquel cómico Morgante, de Pulci, que muere reventando de risa y de quien el ángel Gabriel asegura que se reirá por toda la eternidad, «ridera in eterno»—¡terrible suplicio!—¿no es lo más terrible de lo trágico el morir reventando de risa de sí mismo?

Mas no creáis que a esto se reduce la novela de Pérez de Ayala, ¡no! Hay en ella más, mucho más en torno a este núcleo, hay escenas de un realismo crudísimo, hay un matrimonio de un escocés y una griega que es algo pavoroso. Y Pérez de Ayala que ha vivido en Londres y en Italia pone en estos dos países parte de las escenas de su novela.

Y eso de la pata de la raposa puede entenderse de otro modo en que acaso no ha pensado el autor de la novela. La raposa es Alberto, el cebo es el amor de Fina, esta angelical criatura, y él se escapa del cebo, abandona a su novia que muere del pesar, y va a campar libre, pero sin una pata, llevándola tal vez gangrenada.

Más que la idea de la muerte, más que el sentimiento del propio ridículo, le persigue a Alberto su propia sensualidad. ¿Es esto también fruto de la educación jesuítica? Tal vez, porque tengo observado que los jesuitas no saben defender de la sensualidad a sus educandos. Quieren, sin duda, mantenerles indemnes de ella, ignorantes de ciertas cosas cuya ignorancia prolongada es un mal, pero como su arte todo, toda su liturgia, todas sus maneras son sensuales... Es una educación sin virilidad alguna.

Mas dejando ahora esto para otro artículo, voy a daros aquí una composición que se me ocurrió después de haber leído «La pata de la raposa». La composición es en verso y rimada, pero por razones que expondré en el prólogo de mi próximo y tercer volumen de poesías, he venido a resolverme a publicar los versos en la forma tipográfica de la prosa. Así se salvan no pocos inconvenientes y se impide el que cualquier lector le aplique el sonsonete de acordeón o de organillo, ese sonsonete de tantam congolés que hasta como música—o más bien precisamente como música—es insoportable.

Ahí va:

¡Ay zorro, zorro, pobre zorro, que no puedes llevar derecho tu camino; a tierra el morro, cuidando siempre el tino de la escapada! Ay pobre zorro, siempre de recelo y siempre

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado decenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	¢ 0-50
La serie mensual, 3 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración...	1-25
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
La serie anual (36 entregas)...	4-50 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

aprendí primeras letras en una escuela civil y segunda enseñanza y superior en los establecimientos públicos del estado.

No puedo, pues, saber, como Pérez de Ayala sabe por experiencia propia, lo que sea la educación jesuítica; pero lo sé por lo que he visto en no pocos amigos y compañeros míos de la infancia que con ellos se han educado y lo sé porque tengo ocasión de apreciar cada año sus frutos. Y sé que, en efecto, en espíritus delicados como el de Alberto produce lo que éste tan melancólicamente nos denuncia.

Discípulo de los jesuitas fué en Nápoles Torcuato Tasso, ¿y no se explicará en gran parte por esto aquella su incurable melancolía que le llevó a los linderos de la locura? Pero también Voltaire fué discípulo de los jesuitas y guardó siempre consideración hacia ellos. Mas es que Voltaire